

Hay novelas que parecen nacer en el momento justo. *Daniela Astor y la caja negra* no trata únicamente de la representación de la mujer en la Transición (entre 1975 y 1981), pero tiene bastante que ver con las películas que se hacían en la conocida como «época del destape», muchas de ellas pertenecientes al género del *landismo*. Es una novela que va más allá de la condición femenina en ese periodo, puesto que trata de la mujer, de sus renunciaciones y de su (im)posible capacidad de decidir, y del derecho o no a hacerlo; pero no cabe duda de que la primera mitad de la narración da un repaso, al mismo tiempo agudo e impío, a los iconos que los medios, principalmente el cine, dibujaron de la mujer en esos años.

La foto emblemática que focaliza el momento es la conocida del alcalde Enrique Tierno Galván justo cuando Susana Estrada se destapa un pecho. Sigue luego la serie de nuevas heroínas con su rosario de mostraciones/ocultaciones del cuerpo en las casposas películas del tardofranquismo.

La narradora protagonista es una niña de doce años, Catalina Hernández, que se encierra con su amiga Angélica Bigur en su cuarto y reproduce en sus juegos algunos de los mitos *glamourosos* en que se forjaba la sexualidad femenina como apetecible objeto. Catalina se convertía en ese cuarto de atrás, denominado la leonera, en Daniela Astor, y su amiga, gordita y fea, pasaba a ser Gloria Adriano.

Sin inocencia

La primera mitad de *Daniela Astor y la caja negra* aparentemente desarrolla el género de la novela de pubertad, de descubrimiento de las mentiras/verdades de los adultos, como hicieran en su día Carmen Laforet, Ana María Matute o Mercè Rodoreda. Pero hay una radical diferencia con esas novelitas de los cincuenta, y radica en la perspectiva. Nada de inocencia hay aquí. La niña se ve despojada de todo candor.

Marta Sanz construye desde el comienzo un personaje no únicamente lúcido, sino dotado de una inteligencia algo perversa y esquinada; una niña consciente tanto de los códigos de conducta adulta como de sus transgresiones. El artificio muy eficaz para mostrar la dualidad consiste en alternar capítulos fuera de la leo-

Hasta los años del destape nos transporta Marta Sanz en «Daniela Astor y la caja mágica». Una trama que le sirve para reflexionar sobre la condición de la mujer y el precio de su libertad



BERTA SÁNCHEZ-CASAS



LA «OTRA» TRANSICIÓN

Susana Estrada mostrando un pecho ante Enrique Tierno Galván y Amparo Muñoz en el momento de ser coronada como Miss Universo son dos imágenes que Marta Sanz (arriba) recoge en su nueva novela

nera, que cuentan la historia de la relación con sus padres y sobre todo de estos entre sí, con los que entran en la leonera y visualizan la «caja negra», por donde pasan las imágenes de pe-

lículas, entrevistas y fotos de la mujeres en la Transición: desde la directamente cutre a la que es emblema de juguete roto, la escandalosa belleza de Amparo Muñoz, quebrada y he-

cha añicos por la realidad posterior al éxito.

Pero la historia da un giro notable a su mitad. No pierde la perspectiva, pero la mirada es ya otra, y el tono. Ocurre cuando pasa a primer término Sonia Griñán, la madre de Catalina, que queda embarazada de un hijo que no quiere

tener. No puedo revelar mucho más para no descubrir al lector la trama, pero la novela cobra entonces todo su sentido y las alocadas imágenes del destape feliz, que parecían consecuencia de una nueva libertad, chocan irremediablemente con la condición inmovible de la mujer sola ante su destino.

El progre político que es el padre, Alfredo Hernández, se queda en esa frontera. Sonia tiene que cruzarla sola, y su hija adolescente va registrando ese tránsito desde la aparente liberación a las dimensiones de represión que la novela ausculta con envidiable sentido de creciente catarsis, hasta la escena que considero que tendría que haber sido su final, el encuentro de madre e hija, en el mes de noviembre de 1978, al salir aquella de la cárcel, en que la trama adquiere toda la dimensión emotiva de los silencios y de los gestos.

Escalpelito hiriente

La «caja negra» que sigue, por más que venga a ser la de los actuales desvelamientos de relaciones en los platós de televisión, con Bárbara Rey de protagonista, considero que rompe el *pathos* de la novela y resulta un pegote algo fácil, me pregunto si necesario una vez se ha dicho todo lo anterior.

Sería un error constreñir la novela de Marta Sanz a la tesis feminista que sostiene legítimamente. Cualquier tesis es o no valiosa literariamente por otra cosa que por la justicia de su causa. *Daniela Astor y la caja negra* me parece valiosa porque es una obra que ha sabido mostrar sus ideas con singular sensibilidad por la forma del lenguaje, que se beneficia de un escalpelito hiriente capaz de escudriñar -en expresiones, en gestos, en las comidas, en los hábitos sociales- todo cuanto parecía escondido en una aparente naturalidad. Vamos viendo que no era tal, que resulta desvelada por Marta Sanz con la insólita agudeza, muchas veces conceptista, de una estu-penda escritora.

J. M. POZUELO YVANCOS

DANIEL ASTOR Y LA CAJA NEGRA



MARTA SANZ
Anagrama,
2013
16,90 euros
★★★

UNA NOVELA VALIOSA QUE SABE MOSTRAR SUS IDEAS CON SINGULAR SENSIBILIDAD